

largo rato indeciso: Enrique creía haber conseguido ya la victoria cuando Oton de Nordheim decidió la batalla, llegando a penetrar en el campamento real para luego dirigirse contra los loreneses, que aun se resistían, y cuya derrota decidió la victoria de los sajones. El ejército de Enrique emprendió precipitada fuga, en la cual tuvo muchas bajas, pues además de los soldados que sucumbieron al filo de la espada de los perseguidores, perecieron muchos en las aguas del Elster, al tratar de pasar su corriente. Los vencedores sajones se apoderaron del campamento con el rico botín que en él había. ¿Pero de qué servía la victoria si el rey sajón había muerto en la acción? Rodolfo de Rheinfelden en efecto había perdido la mano derecha y recibido además una herida mortal en la región abdominal, de cuyas resultas falleció pocos momentos después de serle anunciada la victoria de los suyos. Su cadáver fué conducido a la cercana villa de Merseburgo, en cuya catedral fué enterrado. Todavía se conserva la piedra sepulcral que cubre los restos mortales del primer rey usurpador sajón y aun se enseña la mutilada diestra con cuya pérdida sufrió Rodolfo, según creencia del pueblo, el castigo del cielo por la injusticia que violando infamemente el juramento de fidelidad había cometido contra su legítimo soberano. La tradición dice que el moribundo usurpador dirigió a los obispos que le rodeaban palabras de arrepentimiento y que se lamentó de que le hubiesen empujado por una senda que a tan triste fin debía conducirle. Después de todo lo sucedido, y sobre todo después de la profecía casi blasfema de Gregorio sobre la próxima muerte o el próximo destronamiento de Enrique, aquel resultado fué considerado como una sentencia divina dictada contra los adversarios de este monarca: la suerte sufrida por el perjuro vasallo que había osado tender la mano a la corona que ceñía la cabeza de su rey, pareció impresionar a sus protectores y aliados eclesiásticos. Únicamente en el ánimo de los sajones no hicieron estos sucesos impresión alguna, pues persistieron en su tenaz resistencia, aconsejaron la proclamación de un nuevo rey y rechazaron toda proposición conciliadora. Sus pretensiones no se satisficieron ni siquiera con la proposición de constituir la Sajonia en reino independiente bajo el cetro del hijo de Enrique; Oton de Nordheim manifestó su opinión respecto de esto de un modo muy conforme a los deseos de su pueblo, diciendo que así como de un mal toro solía nacer un mal becerro, del mismo modo era de creer que el gobierno del hijo de Enrique no sería mejor que el de su padre.

Enrique se apresuró a aprovechar las circunstancias favorables que en Italia se le ofrecían. Desde que al rededor de Wigberto de Rávena se habían agrupado todos los enemigos de Gregorio, pudo el rey esperar que a sus órdenes tendría un partido poderoso y decidido. Esperaba que una victoria conseguida al Sur de los Alpes y quizás su coronación imperial por el antipapa produjeran gran impresión en Alemania y acabarían con la influencia de la oposición sajona. ¿Quién podría entonces proteger a Gregorio VII? El astuto y violento normando Roberto Guiscardo había hecho ciertamente las paces con la Iglesia, en cuya comunión había sido nuevamente admitido; pero no por esto pensaba apoyar con sus armas los planes de soberanía universal de Gregorio, cuya realización era contraria enteramente a sus propios proyectos. Mientras los normandos, en lucha con el reino de Grecia, atacaban las islas Jónicas, Gregorio estaba reducido, para resistir a cualquier invasión de los alemanes, a la defensa de la leal Matilde de Tuscia. Este apoyo, sin embargo, no fué de tanta eficacia en el momento decisivo; pues cuando en la primavera de 1081 se presentó Enrique en la Lombardia y, después de haber hecho reconocer nuevamente en Pavia al arzobispo de Rávena como jefe supremo de toda

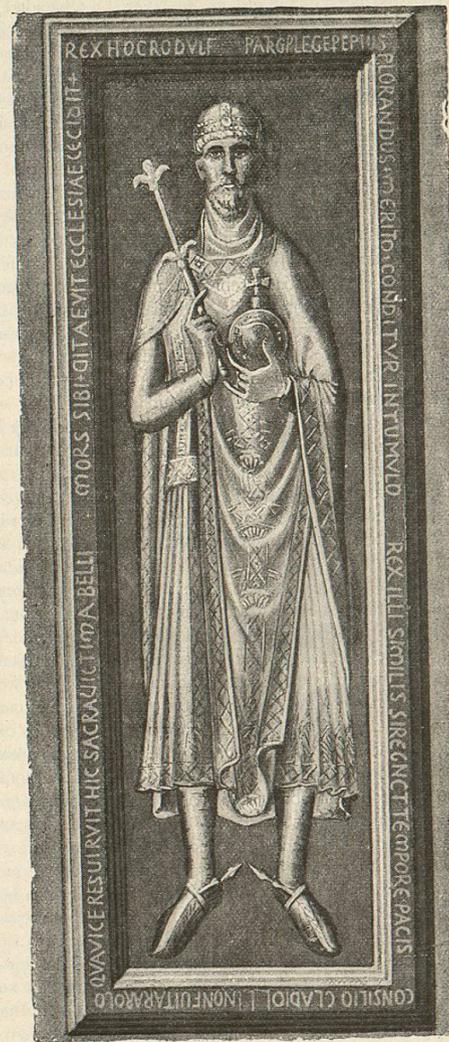
la Iglesia, se dirigió hacia el Sur, la mayor parte de las ciudades tuscias, tales como Lucca, Pisa, Siena, etc., abrazaron abiertamente su causa. En la Pascua de Pentecostés del año 1081, en la época precisa para la que había prometido en Brixen el antipapa su aparición, encontrábase Enrique delante de los muros de Roma. Sin embargo, Gregorio, seguro de la victoria, permaneció en su puesto aun en situación tan apurada y a pesar de no haber acudido a su auxilio ni la marquesa tuscia ni los normandos, — a los cuales se recordaban con insistencia sus deberes feudales, — y esta confianza casi fatalista produjo tal impresión en el ánimo de los romanos, que resolvieron oponer enérgica resistencia al rey alemán y a su papa. No era esto lo que había esperado Enrique, cuyo ejército no era suficiente para dar el asalto. Las amonestaciones, amenazas y halagos que dirigió a los romanos no produjeron efecto alguno, y su situación no mejoró en nada a pesar de habersele unido algunos de los barones de la Campania. Permaneció, pues, delante de la ciudad, sin hacer nada, hasta fines de junio, época en que emprendió la retirada al Norte, y este resultado de su expedición perjudicó, como era natural, su causa a los ojos del mundo, haciendo desaparecer la impresión que la muerte de Rodolfo había producido. En tal estado de ánimo, acordaron sus adversarios alemanes llevar a cabo el plan de la elección de un nuevo rey, elección que recayó en el conde Hermann de Salm, hombre virtuoso, poseedor de ricos patrimonios en Franconia y en Lorena. Este luchó en un principio con fortuna y aun logró derrotar, en agosto de 1081, a Federico de Suabia, a quien Enrique había confiado la defensa de su causa en la Alemania meridional, pero en cambio, fracasó por completo el ataque que dirigió contra la fuerte Augsburgo. El rey usurpador, después de cierta resistencia opuesta por Oton de Nordheim, fué por fin reconocido en Sajonia y pudo hacerse coronar en Goslar antes de terminar el año.

Entretanto, luchaba Enrique contra la marquesa de Tuscia, que apenas podía defenderse contra los ataques de los obispos lombardos, aliados del rey, contra sus rebeldes vasallos y contra las ciudades que se sublevaban por conquistar sus libertades. Pero la apoyó con tanta energía como talento, en esta lucha, Anselmo de Lucca, amigo y pariente espiritual de Gregorio, que le había nombrado vicario de Lombardia y de Tuscia; y ante los esfuerzos de ambos tuvo Enrique que retirarse poco a poco hacia el Norte. Su situación, con este fracaso, podía llegar a ser desesperada si el infatigable Anselmo conseguía llevar adelante su plan y si Guillermo de Normandía, — que en otro tiempo (1066) había conquistado a Inglaterra a la sombra de la bandera pontificia y que a la sazón representaba el papel de adalid de la Iglesia, — se apresuraba a acudir al Tíber con sus tropas y barcos para apoyar al apurado papa. Enrique, por tanto, se decidió a hacer un esfuerzo supremo para lograr una solución en Roma antes de que allí llegaran los esperados auxilios. Apoyado por los obispos lombardos, que al defender la causa del rey defendían la suya propia, reunió las tropas necesarias y renovó con mayor energía sus ataques contra Roma, durante la cuaresma del año 1082; pero habiendo encontrado gran resistencia, se decidió a poner un sitio en regla a la ciudad eterna, durante el cual Wigberto de Rávena, que le acompañaba, estableció su residencia en la alegre Tivoli. La tenaz resistencia de los romanos obligó a Enrique, en la Pascua, a abandonar el cerco y a dirigirse hacia la Lombardia: Wigberto, sin embargo, prosiguió desde Tivoli la guerra de sitio, viéndose apoyado por los barones de la Campania, que habían abrazado su causa y que se dedicaban a robar y saquear los alrededores. En vano esperaba

Roma recibir auxilio: Roberto Guiscardo no pensaba en abandonar por consideraciones a su señor feudal la guerra contra el emperador griego Alejo, que tan pingües ganancias le producía; además Enrique se había aliado con Alejo y hacía poderosos esfuerzos para levantar en armas a los príncipes lombardos de la Baja Italia contra los normandos. Las esperanzas que se habían cifrado en Guillermo el Conquistador hubieron también de ser abandonadas; y en cuanto al usurpador Hermann, a pesar de que había prometido varias veces enviar una expedición a Italia, no se creía bastante seguro en Alemania para abandonar por algún tiempo este país y consagrarse a una empresa de tan dudoso éxito. Entretanto, Enrique saliendo de Lombardia se presentó, en la Pascua de 1083, por tercera vez en Roma, a cuya ciudad prendió fuego por todos sus costados; y aun cuando este acto no tuvo éxito inmediato, el valor de los romanos fué cediendo ante la tenacidad del cerco, la carestía siempre en aumento y la ninguna esperanza de recibir auxilio. Los romanos comenzaron a preguntarse por quién y para qué hacían tantos esfuerzos y se sujetaban a tantas privaciones. Su entusiasmo se mitigó, el servicio de centinelas acabó por cansarles, y cuando los soldados del rey practicaron, en 2 de junio, un reconocimiento en las murallas de la ciudad, encontraron los puestos abandonados. Entonces se apresuraron a llamar a sus compañeros y se encaramaron a los muros sin encontrar resistencia. Por una brecha que se abrió en la muralla penetró el ejército de Enrique en la ciudad, siendo inútil la resistencia intentada por los habitantes, que acudieron demasiado tarde. La iglesia de San Pedro y sus alrededores cayeron en poder del rey, a pesar de lo cual poca cosa se había ganado, pues la ciudad propiamente dicha seguía defendiéndose y Gregorio permanecía oculto detrás de los muros del castillo de Sant-Angelo. Enrique no atacó este castillo, sino que entró en negociaciones con los romanos que estaban cansados de la lucha, negociaciones cuyo resultado fué un convenio secreto en virtud del cual los romanos, a condición de que Enrique suspendiera las hostilidades y no molestara a la ciudad hasta 1.º de noviembre, se obligaron a inducir a Gregorio a que coronara a Enrique emperador o a nombrar otro papa que se mostrara dispuesto a coronarle. Enrique, por lo mismo, se contentó con hacer entronizar en San Pedro, en 28 de junio, a Wigberto de Rávena; y, nuevamente excomulgado por Gregorio, se dirigió otra vez hacia el Norte, después de haber derribado las murallas de la ciudad y de haber construido al lado de San Pedro un castillo en el cual dejó a su hijo, el rey Conrado, y a una guarnición de algunos centenares de jinetes alemanes encargados de vigilar la ciudad.

Nuevas potencias intervinieron entonces en el asunto, que cada vez se iba complicando más y más. Mientras Enrique robustecía su alianza con la corte bizantina, a la cual a cambio del dinero que de ella recibió prometió atacar la Apulia para libertar al imperio griego de la invasión de Roberto Guiscardo, el normando se decidió, no solo ante las repetidas instancias de su señor feudal sino ante las sublevaciones que en su ausencia habían estallado y ante el temor de una invasión alemana, a abandonar la guerra que con tan buen éxito estaba haciendo en la península de los Balcanes y a regresar a la Baja Italia. El dinero por él enviado al papa produjo gran efecto en los romanos, que a pesar de sus deseos de paz, se sentían aguijoneados siempre por la codicia; además, Gregorio había convocado para el mes de noviembre un nuevo sínodo en Roma, cuyos acuerdos podían destruir el pacto contraído con Enrique por los romanos. El sínodo se celebró, a pesar de los obstáculos que quiso oponer Enrique, el cual se había presentado de nuevo en la Italia cen-

tral, y aun cuando no se tomaron en él acuerdos trascendentes, lanzóse la excomunión contra los que pusieran impedimentos al trato con el papa, lo cual afectaba directamente al rey. Esto no obstante, Enrique persistió en su convenio con los romanos y exigió su cumplimiento, pues de ninguna manera quería salir de Roma sin haber logrado ser coronado emperador, y en caso de no conseguirlo, estaba decidido a



Plancha de bronce que cubre el sepulcro de Rodolfo de Suabia en la catedral de Merseburgo

reanudar con energía las hostilidades. Los romanos temerosos suplicaron al papa que cediera para evitarles desgracias. Naturalmente no cabía pensar en serio que Gregorio coronara emperador a Enrique; pero las negociaciones que para ello se entablaron, los ofrecimientos que se hicieron sirvieron para ganar tiempo y dar a los romanos un medio artificioso de poderse desentender del pacto convenido con el rey. Únicamente en este sentido pudo Gregorio haberse mostrado dispuesto a coronar a Enrique emperador, cuando este, por

medio de penitencia pública, se viera libre de la excomunion. Parece increíble que los plenipotenciarios romanos propusieran á Enrique que si no queria someterse á la penitencia pública, se le bajaria la corona imperial por medio de una percha desde las almenas del castillo de Sant-Angelo. No se dió ningun paso mas: pasó el día de Navidad y Enrique se encontraba todavía en el palacio de San Pedro sin haber logrado que se resolviera nada. Entonces se produjo poco á poco un movimiento en su favor. La tenacidad de Gregorio, que se negaba á toda inteligencia y estaba decidido á entregar á Roma á los horrores de un nuevo sitio, comenzó á indignar á los romanos: estos murmuraban en alta voz y pensaron entenderse directamente con el rey, sin consideracion alguna al papa; y como no podian hacerlo sin separarse formalmente de Gregorio y reconocer al antipapa, Enrique llamó á Wigberto para hacerse coronar por él emperador. Los partidarios y agentes de Enrique ayudaron eficazmente á fomentar esta opinion, distribuyendo pródigamente entre los romanos las riquezas que entonces acababa de llevar una nueva embajada griega. De esta suerte, mientras Enrique emprendió, en febrero y marzo, una excursion hácia el Sur, con el objeto de auxiliar á los enemigos de Roberto Guiscardo, varió por completo el modo de pensar de los romanos y se mostraron cada vez mas decididos á someterse á Enrique. Noticioso de estas buenas disposiciones Enrique se apresuró á regresar á la ciudad, donde entró en 21 de marzo de 1084, siendo solemnemente recibido por la poblacion. Cierta que algunos puntos importantes estaban todavía en poder de los caudillos de la nobleza adicta al papa, que este permanecia aun en el castillo de Sant-Angelo y que sus defensores ocupaban los puentes que desde la ciudad conducian á la iglesia de San Pedro; pero nada de esto impidió que se llevaran á cabo rápidamente las medidas adoptadas en pro de Enrique. Un sínodo á toda prisa reunido y presidido por el rey, que ni remotamente podia considerarse como una representacion de la Iglesia, decretó la destitucion de Gregorio,—que naturalmente no pudo presentarse al tercer llamamiento que se le hizo,—y lanzó contra él la excomunion. Wigberto de Rávena fué proclamado legítimo jefe supremo de la Iglesia y reconocido como tal por los romanos, y el domingo de Ramos (24 de marzo) fué consagrado papa con el nombre de Clemente III. Esta consagracion se hizo con violacion manifiesta de los preceptos canónicos, pues que no asistió al acto ninguno de los obispos cardenales, cuya presencia era necesaria para la legítima instalacion de un nuevo papa; de suerte que todos los que permanecieron fieles á los respetables usos de la Iglesia no vieron en Clemente III mas que al jefe de una herejía. Ocho días despues, es decir, el primer día de Pascua (31 de marzo), recibieron Enrique y su esposa de manos del antipapa la corona imperial: la ceremonia de la coronacion se verificó, aunque en otras circunstancias, segun la misma forma empleada respecto de Enrique III, sin que por esto tuviera mas validez á los ojos de sus adversarios. Despues reanudó Enrique las hostilidades contra la parte de ciudad que todavía no estaba en su poder, apoderándose inmediatamente del Capitolio, donde, á fines de abril, celebró una solemne audiencia de justicia. El castillo de Sant-Angelo, sin embargo, á pesar del estrecho cerco que se le habia puesto, siguió defendiéndose con auxilio del contingente de los romanos, pues Gregorio VII sostuvo el valor de los suyos anunciándoles que pronto recibirian auxilio de los normandos. Estas palabras del pontífice no eran vanas, porque, segun manifestó el abad Desiderio de Monte-Casino las excitaciones pontificias habian producido al fin en el ánimo de Roberto Guiscardo el deseado efecto. Despues de sofocar

las rebeliones que durante su ausencia habian estallado, emprendió el normando la marcha al frente de 30,000 hombres. Enrique no se atrevió á arriesgar las ventajas últimamente conseguidas en una lucha peligrosa contra un adversario tan fuerte, y en 21 de mayo emprendió la retirada, encargando á los romanos que continuaran el sitio de Sant-Angelo y prometiéndoles, para lo porvenir, una rica recompensa. Luego se dirigió hácia el Norte é hizo anunciar su llegada á Baviera para fines de junio, dejando una parte de sus tropas italianas en Tívoli para defender á Clemente III. Pocos días despues de haber partido el emperador, encontrábase Roberto Guiscardo ante los muros de Roma. Astuto, como buen normando, habia conseguido crearse dentro de la ciudad un partido que, al día siguiente (27 de mayo), le abrió dos puertas, de suerte que sus feroces huestes penetraron en Roma por dos puntos distintos, con gran sorpresa de los aturdidos romanos, y despues de haber saqueado y robado cuanto hubieron á mano se dirigieron por los puentes del Tíber al castillo de Sant-Angelo. Con esto acabó naturalmente el sitio de este castillo, y Gregorio, apoyado por sus libertadores, fijó nuevamente su residencia en Letran.

Los normandos se establecieron en Roma como en país conquistado; y cuando á consecuencia de una lucha que sus actos motivaron perecieron algunos soldados de Roberto, el bárbaro salvajismo de los aventureros del Norte traspasó todos los límites y convirtió la ciudad en teatro de las mas crueles violencias. Una parte de Roma fué destruida por las llamas; muchos romanos perecieron asesinados; sus mujeres y sus hijas fueron víctimas de los mas abominables excesos, y millares de prisioneros quedaron sujetos á miserable esclavitud. El odio de los desesperados romanos se manifestó por medio de impotentes maldiciones contra el causante de todos estos desastres, cuya indomable tenacidad habia hecho fracasar la paz con el emperador, dando con ello á los feroces normandos tiempo y ocasion de cometer tamañas crueldades. En cambio, ¡bajo qué aspecto tan simpático se ofrecia Enrique, el cual temeroso de perjudicar su reputacion y de ver aplazados triunfos mas importantes habia respetado cuanto le habia sido posible la ciudad y permitido tan solo á sus tropas que hicieran armas contra el clero que le era verdaderamente hostil! Gregorio no podia permanecer por mas tiempo en Roma, así es que siguió á los normandos cuando estos sometieron los cercanos lugares tuscos; y al ver el furor de las poblaciones, marchó en pos de Guiscardo cuando este regresó á la Pulla despues de haber intentado en vano arrojar de Tívoli al antipapa. De este modo mientras Clemente III fijaba su residencia en Roma, Gregorio tenia que retirarse al merecido destierro. No por eso decayó en lo mas pequeño su valor, antes bien se decidió á reanudar, en cuanto le fuera posible, la lucha para recuperar la Sede que le pertenecia. Sin embargo, la terrible excitacion de los últimos años, tan llenos de luchas no siempre coronadas por feliz éxito, habia quebrantado sus fuerzas físicas; y poco despues de haber entrado en Salerno, apoyado por Roberto Guiscardo, comenzó á enfermar. Ya en la primavera de 1085, cuando meditaba nuevos planes para poner al mundo entero al servicio de la soberanía de la Iglesia, previóse su triste fin, y en 18 de mayo declaró él mismo á los que le rodeaban que no le quedaba mas que una semana de vida. Pero ni aun estando en presencia de la muerte dudó un momento de la justicia de cuanto habia hecho y pretendido y llegó á su última hora plenamente convencido de que habia cumplido su deber para con Dios y para con los hombres. Todos sus pensamientos tendian á ver cómo podria asegurar para el porvenir el triunfo de la causa justa que á él no le era dado presenciar. Aun en aquel trance supremo se negó á levantar la excomunion que habia

lanzado contra Enrique IV y contra su antipapa. Al ser interrogado sobre quién deseaba que le sucediera, designó á tres hombres que se habian distinguido como los mas leales y consecuentes defensores de sus ideas, nombrando en primer lugar á Anselmo de Lucca. Es, pues, una invencion absurda la afirmacion que hicieron despues sus adversarios, diciendo que Gregorio en sus últimos momentos habia reconocido como injusta y levantado la excomunion que sobre Enrique pesaba. En 25 de mayo de 1085 falleció Gregorio VII lejos de Roma, en el destierro que, segun él dijo al morir, habia merecido por haber amado la justicia y aborrecido la injusticia. Su cuerpo fué enterrado en la catedral que en Salerno mandó construir Guiscardo. Quinientos años despues (1577) erigióse en este templo un magnífico mausoleo, y en 1584 Gregorio VII entró en el número de los santos de la Iglesia romana. La fiesta que le fué consagrada solo se celebraba en un principio en Salerno, pero desde el siglo XVIII es una fiesta general para toda la Iglesia católica.

No es fácil hacer de Gregorio VII un juicio crítico exacto, pues nunca podrá haber una opinion unánime mientras continúe la gran lucha en cuyo foco se encontró este papa y mientras subsista el antagonismo por él creado. Las cualidades extraordinarias del que hizo de la jerarquía un verdadero orden destinado, por su supuesto origen divino, á tener la soberanía del universo, serán reconocidas por amigos y adversarios y nadie podrá tampoco dejar de admirar la profundidad de su talento, la audacia de sus resoluciones, el poder de su elocuencia y la pureza de su conducta. Sin embargo, á estas dotes importantísimas en sí, les faltó aquella tendencia humana á la cual se aproximaban ya los contemporáneos y mucho mas la posteridad, y que atrae mas que nada los corazones. En efecto, todas las grandes cualidades de Gregorio VII fueron puestas al servicio de un fanatismo funesto que alucinado por la presuncion de una supuesta infalibilidad se atrevió á imponer al mundo, como ley incondicionalmente obligatoria, y contra el derecho histórico, las estrechas doctrinas de un partido exageradamente celoso. Aquel fanatismo llegó á convertir los medios coercitivos, de que la Iglesia solo debe hacer uso como guardadora de la moral cristiana, en arma para las luchas políticas y para las contiendas que sostienen las naciones por la soberanía; y en una época tan agitada por las pasiones, llegó hasta defender y pretender justificar la traicion, el quebrantamiento de la palabra, el perjurio y el asesinato. Los mismos partidarios de Gregorio no pueden negar las inmorales consecuencias que de tal fanatismo se deducian. En cuanto al fin que Gregorio VII se proponia alcanzar, la historia lo ha juzgado de un modo muy distinto que los que veneran en este papa al héroe enviado por Dios, al instrumento por el cielo elegido para establecer en la tierra el verdadero orden de cosas por Dios creado y no reconocido hasta entonces por la humana injusticia, y para asegurar á la Iglesia y á las naciones y Estados á ella adictos un porvenir venturoso conforme á los planes divinos. La discordia que entre la Iglesia y el Estado se produjo y que en germen hacia mucho tiempo que existia fué sin duda transformada por causa de Gregorio VII en fuerza impulsiva del posterior desenvolvimiento histórico. Gregorio VII no podia sostener que su sistema estuviera conforme con los trabajos que hacia años venia practicando el partido reformista para mejorar la Iglesia, ni que sus esfuerzos tendieran á la realizacion de los ideales de aquel partido. Bajo este punto de vista, su proceder ha sido hasta los últimos tiempos objeto de duras censuras, y aun los mismos que procuraron formalmente llenar la mision altamente moralizadora de la Iglesia se han lamentado del funesto desorden que en su seno comenzó á producirse con el triunfo del gregoriano,

pues la Iglesia, en vez de apartarse de los asuntos terrenales, por el derecho á la soberanía universal de que se le decia investida y por los esfuerzos que realizaba para hacerlo efectivo, se vió mezclada cada vez mas profundamente en cosas mundanas y se separó cada día mas de su verdadera y originaria mision. Si esta contradiccion existente no se manifestó públicamente por medio de hechos, débese tan solo á que lo impidió el despotismo de Gregorio, que llevó á cabo la reforma de la constitucion y del gobierno eclesiásticos en el sentido de la monarquía absoluta y borró intencionadamente el recuerdo de unos comienzos tan distintos. Entonces rompió la Iglesia romana con su origen y con su pasado y fatalmente se vió empujada por la senda que habia emprendido hasta que llegó á las alturas de la dominacion universal para despues caer de nuevo repentinamente en el abismo.

Hasta qué punto la nueva jerarquía se apoyaba en la persona de Gregorio VII, y hasta qué punto este impuso su sistema á la Iglesia, aunque sin haberla puesto en el camino de su completo y progresivo desenvolvimiento, nos lo demuestran la vacilacion y la inseguridad que á su muerte se manifestaron. Entonces se vió que la Iglesia, como tal, no estaba convencida de la incontestabilidad ni de la necesidad del gregoriano, pues los hombres en quienes estaban mas arraigadas las primitivas ideas reformistas cluniacenses, sintieron gran temor de hacerse cargo de la herencia de Gregorio y de proseguir la obra por este iniciada; y hasta habrian preferido evitar esta necesidad y abandonar las rígidas y tenaces doctrinas gregorianas para poder llegar á una inteligencia entre el imperio y el pontificado. Es un hecho en extremo significativo que despues de permanecer durante un año vacante la Santa Sede, no fuera elevado á ella ninguno de los tres candidatos designados por Gregorio, sino que fuese nombrado papa el abad Desiderio de Monte Casino, que si bien era gregoriano, se mostraba benigno y conciliador. El nuevo papa habia estado en relaciones con Enrique IV, cuando este emprendió su campaña hácia el Sur, y despues de habersele sometido y de haber tratado con el antipapa, habia procurado reconciliar á Enrique con Gregorio. La eleccion de Víctor III, que habia intentado librarse de esta carga apelando á la fuga, pudo considerarse como un triunfo de la tolerancia, pero por esta misma razon no fué aprobada por los gregorianistas puros. Víctor III fluctuando entre sus tendencias pacíficas y su lealtad á los principios gregorianos, entre su deseo de terminar la desastrosa lucha y las implacables consecuencias del punto de vista romano, soportó difícilmente el peso de la tiara y á pesar de su actividad y de sus buenos deseos, no consiguió ver agradecidos sus esfuerzos. Su pontificado selló la derrota de los tolerantes y puso la direccion de la Iglesia en manos de los mas rígidos gregorianos. En efecto, á la muerte de Víctor III, en setiembre de 1087, fué elevado al solio pontificio uno de los candidatos recomendados por Gregorio VII, el cardenal obispo Oton de Ostia, que adoptó el nombre de Urbano II. De esta suerte, la Iglesia, despues de un corto intervalo de vacilacion, volvió á caer de lleno en los severos principios gregorianos. La única diferencia consistió en que Urbano II procuró llevarlos á la práctica por medios distintos de los hasta entonces empleados. El nuevo papa se mostró mas diplomático que déspota; era un maestro en los artificios de aquella ciencia política innoble que se dirige á su fin por caminos extraviados: para él, todos los medios eran buenos si disminuian el número de los partidarios de Enrique y servian para empujar, con frio cálculo, hácia la catástrofe final al emperador, que paulatinamente debia encontrarse aislado.

Las esperanzas que habia concebido Enrique IV de con-